

CARTA AL PADRE

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES

Franz Kafka

CARTA AL PADRE

Traducción e introducción:

Juan-José Marcos García



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Traducción e introducción: Juan-José Marcos García
Correcciones: L.T.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock,
Autor: Bruce Rolff

Primera edición: *Octubre, 2023*
Segunda edición: *Octubre, 2024*
Tercera edición: *Mayo, 2026*

ISBN: 978-84-18765-63-6
Depósito legal: M-25737-2023
Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Carta al padre (en alemán *Brief an den Vater*) es el nombre dado comúnmente a la carta que Franz Kafka escribió a su padre Hermann en noviembre de 1919, criticándolo por su conducta emocionalmente abusiva e hipócrita hacia él. Fue publicada póstumamente (al igual que la mayoría de los escritos de Kafka), en 1952. El texto resulta de vital importancia para comprender la relación de Kafka con su padre, aspecto elemental en la biografía del autor.

Kafka esperaba que esta carta acortara la distancia creciente entre él y su padre, aunque en ella proporcione una crítica aguda de ambos.

Kafka le dio la carta a su madre para que se la entregara a su padre, con la esperanza de que pudiera renovar una relación que se había perdido en la tensión y la frustración de ambas partes. Sin embargo, Kafka no perdonó ni a su padre ni a sí mismo al inda-

gar en el profundo defecto de la relación, y su grito de comprensión tiene un matiz de desesperación. No podía dejar de ver el abismo entre padre e hijo como un momento más del predicamento universal representado en gran parte de su obra. Probablemente, al darse cuenta de la inutilidad del gesto de su hijo, la madre no entregó la carta, sino que la devolvió al autor.

La carta original constaba de unas 103 páginas manuscritas. Kafka la reescribió varias veces (tardó dos semanas en acabarla) e incluso mandó que la pasaran a máquina y estaba llena de anotaciones en lápiz. Por lo tanto, algo que inicialmente sería una simple correspondencia con su padre, termina convirtiéndose casi en un proyecto literario. La carta tiene una estructura definida donde presenta situaciones y eventos que le servirán de base para el subsecuente desarrollo de una afirmación o para compararlo con otro evento posterior.

Cuando Kafka escribió esta carta bajo el pretexto de fundamentar ante su padre el miedo que sentía por él, utilizó todas sus argucias de abogado. Sabemos esto ya que él mismo se lo confesó a Milena Jessenská, su

segundo gran amor, a quien le permitió la lectura del original con la apostilla: “por si quieres saber de mi pasado”. Esta carta debió haber sido quemada por su amigo Max Brod, según el expreso deseo del autor, pero no lo llevó a cabo. Al preservarla del fuego, éste salvó la llave maestra de todos los escritos de Kafka. En esta carta se fundamentan todas las interpretaciones de lo que el autor checo denominaba “el revolverse de la mosca en la hoja de papel engomado”, es decir, él mismo en su casa paterna.

El traductor:

Juan-José Marcos García.

juanjmarcos@gmail.com

Plasencia. España.

CARTA AL PADRE

Querido padre:

El otro día me preguntaste por qué he dicho que te tenía miedo. Como de costumbre, no supe cómo responderte, en parte por el miedo que te tengo, en parte porque hay demasiados detalles que justifican ese miedo para que sea capaz de unirlos en un discurso. Y si intento responderte por escrito, sólo será muy incompleto, porque incluso por escrito, el miedo y sus consecuencias me entorpecen el trato contigo, y porque la dimensión del tema supera con creces mi memoria y mi entendimiento.

El asunto siempre te ha parecido muy sencillo, al menos por lo que has hablado de él ante mí e, indistintamente, ante muchos otros. Te pareció que era algo así: trabajaste duro toda tu vida, lo sacrificaste todo por tus hijos, sobre todo por mí; gracias a ello, viví “por todo lo alto”, tuve total libertad para aprender lo que quería, no tuve motivos para preocuparme por la comida, es decir, para preocuparme en absoluto por algo; no existe gratitud por ello, pues conoces

“la gratitud de los hijos”, pero sí al menos algún gesto, alguna señal de comprensión. En cambio, yo siempre me he escondido de ti, en mi habitación, con libros, con amigos locos, con ideas locas; nunca he hablado abiertamente contigo, no te he acompañado a la sinagoga, nunca te he visitado en Franzensbad^[1], ni he tenido un espíritu de familia, no me he ocupado de los negocios y de tus otros asuntos, te he cargado con la fábrica^[2] y luego te he abandonado, he apoyado a Ottla^[3] en su obstinación, y mientras no he movido un dedo por ti, (ni siquiera te traigo una entrada para el teatro), lo hago todo por los amigos. Si resumes tu juicio sobre mí, resulta que no me acusas de nada francamente inmoral o malvado (con la excepción quizá de mi última intención de casarme), sino de frialdad, extrañeza, ingratitud. Y me reprochas como si fuera mi culpa, como si pudiera haber arreglado todo de otra manera con un giro de la rueda, mientras que tú no tienes la menor culpa, si acaso que hayas sido demasiado bueno conmigo.

[1] Balneario donde la familia Kafka solía pasar habitualmente las vacaciones.

[2] Negocio del que era copropietario Kafka y en la que también había invertido dinero su padre.

[3] Era la menor de las tres hermanas (Elli, Valli y Ottla) de Franz Kafka y su preferida. Murió en la cámara de gas, en Auschwitz, en 1943

Considero que tu presentación habitual de las cosas es correcta sólo en la medida en que también creo que tú eres totalmente inocente de nuestro distanciamiento. Pero yo soy igual de inocente. Si pudiera hacer que reconocieras esto, entonces sería posible —no una nueva vida, pues ambos somos demasiado viejos para eso—, sino una especie de paz, no un cese, sino un ablandamiento de tus incesantes reproches.

Por extraño que parezca, tienes una idea bastante aproximada de lo que quiero decir. Por ejemplo, hace poco me dijiste: “Siempre te he querido, aunque no lo exteriorizara como suelen hacer otros padres, precisamente porque no puedo fingir como los demás”. Ahora, Padre, en general nunca he dudado de tu bondad hacia mí, pero considero que esta observación es incorrecta. No se puede fingir, es cierto, pero afirmar que los otros padres fingen sólo por esta razón es una mera arrogancia que no admite más discusión o bien —y en mi opinión lo es realmente— la expresión velada de que hay algo que no funciona entre nosotros y que tú has contribuido a causarlo, pero sin culpa. Si realmente quieres decir eso, entonces estamos de acuerdo.

Por supuesto, no digo que me haya convertido en lo que soy sólo por su influencia. Eso sería una gran

exageración (e incluso tiendo a exagerar). Es muy posible que incluso si hubiera crecido completamente libre de tu influencia, no habría sido el hombre que tú deseabas. Probablemente me habría convertido en una persona débil, ansiosa, vacilante e inquieta después de todo, ni Robert Kafka ni Karl Hermann, pero incluso así bastante diferente de lo que realmente soy, y podríamos habernos llevado excelentemente. Me hubiera gustado tenerte como amigo, como jefe, como tío, como abuelo, incluso (aunque con más dudas) como suegro. Pero eras demasiado fuerte para mí como padre, sobre todo porque mis hermanos murieron jóvenes y mis hermanas llegaron mucho después, así que tuve que soportar el primer golpe yo solo, era demasiado débil para eso.

Comparemos a los dos: yo, por decirlo brevemente, soy un Löwy^[4] con cierto fondo de los Kafka, que, sin embargo, no se pone en marcha por la voluntad kafkiana de vivir, de hacer negocios, de conquistar, sino por un agujón löwyano que trabaja más secretamente, más tímidamente, en otra dirección y que a menudo se detiene por completo. Tú, en cambio, eres un auténtico Kafka en fuerza, salud, apetito,

[4] La madre de Kafka era miembro de la familia de los Löwy, mucho más culta e intelectual que la familia paterna.

poder de la voz, don de la palabra, autocomplacencia, sentimiento de superioridad, resistencia, presencia de ánimo, conocimiento de la naturaleza humana, cierta generosidad, por supuesto también con todos los defectos y debilidades propios de estas ventajas, en los que tu temperamento y a veces tu irascibilidad te precipitan. Quizás no seas del todo Kafka en tu visión general del mundo, por lo que puedo compararte con los tíos Philipp, Ludwig y Heinrich. Es extraño, yo tampoco veo las cosas muy claras aquí. Todos eran más alegres, más frescos, más informales, más desenfados, menos estrictos que tú. (En esto, por cierto, he heredado mucho de ti y he gestionado demasiado bien la herencia, sin tener, sin embargo, los contrapesos necesarios en mi naturaleza como los tienes tú). Pero, por otro lado, también has pasado por diferentes épocas en este sentido, quizá eras más feliz antes de que tus hijos, sobre todo yo, te decepcionaran y te agobiaran en casa (cuando llegaban los extraños, eras diferente) y quizá has vuelto a ser más feliz ahora que los nietos y el yerno te vuelven a dar algo de ese calor que los hijos, con la excepción de Valli^[5] quizá, no podían darte. En cualquier caso, éramos tan diferentes y tan peligrosos el uno para el otro en esta diferencia, que si uno hubiera querido calcular de antemano

[5] Hermana de Kafka, fallecida, al igual que el resto de hermanas en el holocausto nazi.

cómo nos relacionaríamos yo, el niño que se desarrollaba lentamente, y tú, el hombre acabado, podría haber supuesto que simplemente me pisotearías, que no quedaría nada de mí. Eso no ha sucedido ahora, no pueden hacerse cálculos sobre los seres vivos, pero tal vez haya sucedido algo peor. Pero siempre te pido que no olvides que ni remotamente creo en ninguna culpa por tu parte. Tuviste el efecto que tenías que tener en mí, sólo que debes dejar de pensar que es una malicia especial de mi parte el que haya sucumbido a este efecto.

Yo era un niño tímido; sin embargo, era en verdad testarudo, como lo son los niños; mi madre ciertamente me mimaba, pero no puedo creer que fuera particularmente difícil de controlar, no puedo creer que una palabra amable, una toma de mano tranquila, una buena mirada, no hubieran podido conseguir de mí todo lo que se quería. Ahora bien, tú eres básicamente una persona amable y blanda (lo que sigue no lo contradice, sólo hablo de la apariencia en la que tuvo un efecto sobre el niño), pero no todos los niños tienen la perseverancia y la intrepidez de buscar tanto tiempo hasta llegar a la bondad. Sólo se puede tratar a un niño de la manera en que tú mismo estás hecho, con fuerza, ruido e irascibilidad, y en este

caso eso también te pareció muy adecuado porque querías criar en mí a un niño fuerte y valiente.

Por supuesto, no puedo describir directamente tus métodos de educación en los primeros años, pero puedo imaginarlos sacando conclusiones de los años posteriores y de tu trato con Félix^[6]. En este contexto, es importante tener en cuenta que entonces eras más joven y, por tanto, más fresco, más salvaje, más original e incluso más despreocupado que ahora, y que también estabas completamente atado a los negocios, apenas podías mostrarte ante mí una vez al día, y por tanto mostrabas una sensación de seguridad provocando incluso una más profunda impresión en mí, que apenas quedó reducida a una mera costumbre.

Sólo hay un episodio de los primeros años del que tengo un recuerdo directo. Puede que tú también lo recuerdes. Una noche no dejé de gemir pidiendo agua, no estoy seguro de que fuera porque tuviera sed, sino probablemente en parte para molestar y en parte para divertirme. Después de cuando varias amenazas enérgicas no surtieron efecto, me sacaste de la cama,

[6] Sobrino de Franz Kafka, hijo de su hermana Elli y hermano de Gerti.

me llevaste al *pavlatche*^[7] y me dejaste solo allí un rato en camisón, frente a la puerta cerrada. No voy a decir que esto estuviera mal —quizás no había otra forma de conseguir paz y tranquilidad esa noche—, pero lo menciono como algo típico de tus métodos de crianza y su efecto en mí. Me atrevo a decir que después fui bastante obediente en ese período, pero me hizo un daño interno. Lo que para mí era una cuestión de rutina, esa petición insensata de agua, y el extraordinario terror de ser llevado afuera, eran dos cosas que yo, siendo mi naturaleza lo que era, nunca pude relacionar adecuadamente. Incluso años después sufrí la atormentadora fantasía de que el enorme hombre, mi padre, la máxima autoridad, vendría casi sin razón alguna y me sacaría de la cama por la noche y me llevaría al *pavlatche*, y eso significaba que yo era una mera nada para él.

Eso fue sólo un pequeño comienzo, pero esta sensación de nada que a menudo me domina (una sensación que es en otro aspecto, hay que reconocerlo, también noble y fructífera) proviene en gran medida de tu influencia. Lo que hubiera necesitado era un poco de ánimo, un poco de amabilidad, un poco de mantener abierto mi camino, en lugar de lo

[7] Palabra checa que designa el largo balcón del patio interior de las antiguas casas austriacas

cual tú me lo bloqueaste, aunque por supuesto con la buena intención de hacerme seguir otro camino. Pero yo no estaba en condiciones de hacerlo. Me animabas, por ejemplo, cuando saludaba y marchaba con elegancia, pero yo no era un futuro soldado, o me animabas cuando era capaz de comer con ganas o incluso de beber cerveza con las comidas, o cuando era capaz de repetir canciones, cantando lo que no había entendido, o de charlar contigo utilizando tus expresiones favoritas, imitándote, pero nada de esto tenía que ver con mi futuro. Y es característico que aún hoy sólo me animes en algo cuando tú mismo estás implicado en ello, cuando lo que está en juego es tu propio sentido de la autoimportancia, que yo causo daño (por ejemplo, con mi intención de casarme) o que me produce daño a mí (por ejemplo, cuando Pepa^[8] me insulta). Entonces recibo ánimos, se me recuerda mi valía, se me señalan los partidos a los que tendría derecho y se condena a Pepa por completo. Pero aparte de que a mi edad ya soy casi insensible a los estímulos. ¿Qué ayuda podría ser para mí, si sólo viene cuando no se trata principalmente de mí mismo en primer término?

En aquella época, y en todos los sentidos, habría necesitado ánimos. Después de todo, me pesaba tu

[8] Josef Pollak, cuñado de Franz Kafka, marido de su hermana Valli.

mera presencia física. Recuerdo, por ejemplo, cómo nos desnudábamos a menudo en la misma caseta de baño. Allí estaba yo, flaco, débil, delgado; tú, fuerte, alto, ancho. Incluso dentro de la cabaña me sentía un espécimen miserable, y lo que es más, no sólo a tus ojos, sino a los de todo el mundo, pues tú eras para mí la medida de todas las cosas. Pero luego, cuando salíamos de la cabaña de baño ante la gente, tú cogiéndome de la mano, un pequeño esqueleto, inseguro, descalzo sobre las tablas de madera, asustado por el agua, incapaz de imitar tus brazadas de natación, que tú, con la mejor intención, pero en realidad para mi profunda humillación, siempre seguías mostrándome, entonces me sentía frenético de desesperación y en esos momentos todas mis malas experiencias en todos los ámbitos encajaban magníficamente. Me sentía mejor cuando a veces tú te desnudabas primero y yo podía quedarme sola en la cabaña y aplazar la vergüenza de mostrarme en público hasta que por fin venías a ver lo que hacía y me echabas de la cabaña. Te agradecí que no parecieras darte cuenta de mi angustia y, además, estaba orgulloso del cuerpo de mi padre. Por cierto, esta diferencia entre nosotros se mantiene hasta el día de hoy.

Además, tu dominio mental se mantenía. Te habías abierto camino sólo con tus propias energías, y como resultado tenías una confianza ilimitada en tu

opinión. Eso aún no era tan deslumbrante para mí como niño, como lo fue más tarde para el adolescente. Desde tu sillón gobernabas el mundo. Tu opinión era correcta, todas las demás eran locas, descabelladas, insensatas, no normales. Tu confianza en ti mismo era tan grande que no necesitabas ser coherente en absoluto y, sin embargo, nunca dejabas de tener razón. A veces sucedía que no tenías opinión alguna sobre un asunto y, en consecuencia, todas las opiniones posibles con respecto a él eran necesariamente erróneas, sin excepción. Tú eras capaz, por ejemplo, de atropellar a los checos, y luego a los alemanes, y luego a los judíos, y lo que es más, no sólo selectivamente sino en todos los aspectos, y finalmente no quedaba nadie más que tú mismo. Para mí adquiriste la cualidad enigmática que tienen todos los tiranos cuyos derechos se basan en su persona y no en la razón. Al menos eso me parecía a mí.

Ahora bien, cuando yo era el interlocutor, tú tenías asombrosamente a menudo la razón; lo cual no era sorprendente en la conversación, pues casi nunca había conversación entre nosotros, sino también en la realidad. Sin embargo, esto tampoco era particularmente incomprensible; después de todo, en cualquier asunto mi pensamiento estaba bajo la fuerte

presión de tu personalidad, incluso en aquella parte —y particularmente en aquella— que no estaba de acuerdo con la tuya. Todos estos pensamientos, aparentemente independientes de ti, estaban desde el principio cargados con tus juicios despectivos; era casi imposible soportar esto y seguir elaborando un pensamiento con alguna medida de integridad y permanencia. No hablo aquí de ningún pensamiento sublime, sino de cualquier pequeña empresa de la infancia. Sólo era necesario alegrarse por una u otra cosa, llenarse de pensamientos, llegar a casa y hablar de ello, y la respuesta era un suspiro irónico, una sacudida de cabeza, un golpe en la mesa con un dedo: “¿Es eso todo lo que te preocupa?” o “¡Cómo me gustaría tener esas preocupaciones!” o “¡Las cosas en las que algunos tienen tiempo para pensar!” o “¿A dónde te va a llevar eso?” o “¡Qué canción y baile sobre nada!” Por supuesto, no se podía esperar que te entusiasmaras con cualquier trivialidad infantil, cuando estaba en un estado de inquietud y preocupación. Pero esa no era la cuestión. Más bien, en virtud de tu naturaleza antagónica, no podías evitar causarle siempre e inevitablemente al niño tales decepciones; y además, este antagonismo, acumulando material, se intensificaba constantemente; eventualmente el patrón se repetía incluso si, por una vez, eras de la misma opinión que yo; finalmente, estas decepciones del niño no eran las

decepciones ordinarias de la vida, sino que, dado que te involucraban a ti, el personaje más importante, golpeaban hasta la médula. El valor, la resolución, la confianza, el deleite en esto y aquello, no podían durar cuando uno estaba en contra o incluso si su oposición era simplemente asumida; y era asumida en casi todo lo que hacía.

Esto se aplicaba tanto a los pensamientos como a las personas. Bastaba con que yo me interesara un poco por una persona —lo que, en cualquier caso, no ocurría a menudo, debido a mi naturaleza— para que tú, sin ninguna consideración por mis sentimientos ni respeto por mi juicio, te lanzaras a insultar, difamar y denigrar. Personas inocentes e ingenuas, como, por ejemplo, el actor yiddish Löwy, tuvieron que pagar por ello. Sin conocerle, lo comparabas, de alguna forma espantosa que ahora he olvidado, con alimañas y, como ocurría tan a menudo con las personas a las que tenía cariño, estabas automáticamente preparado con el proverbio del perro y sus pulgas^[9]. Aquí recuerdo especialmente al actor porque en aquel momento tomé nota de tus declaraciones sobre él, con el comentario: “Así es como mi padre habla de mi amigo (al que ni siquiera conoce), simplemente

[9] «Quien se acuesta con perros, amanece con pulgas.»

porque es mi amigo. Siempre podré alegar esto contra él cada vez que me reproche la falta de afecto y gratitud de un niño”. Lo que siempre me resultó incomprensible fue tu total falta de sentimiento por el sufrimiento y la vergüenza que podías infligirme con tus palabras y juicios. Era como si no tuvieras noción de tu poder. Yo también, estoy seguro, te herí a menudo con lo que dije, pero entonces siempre lo supe, y me dolió, pero no pude controlarme, no pude retener las palabras, me arrepentí incluso mientras las decía. Pero tú atacabas con tus palabras sin mucho preámbulo, no sentías compasión por nadie, ni durante, ni después de decirlas, uno estaba totalmente indefenso ante ti.

Pero todo tu método de educación era así. Creo que tienes un don para educar a los niños; estoy seguro de que podrías haber ayudado a un ser humano de tu misma clase con tus métodos; esa persona habría visto lo razonable de lo que le decías, no se habría preocupado por nada más y habría hecho tranquilamente las cosas como se le habían dicho. Pero para mí, cuando era niño, todo lo que me decías era directamente una orden celestial, nunca lo olvidé, seguía siendo para mí el medio más importante para formarme un juicio del mundo, sobre todo para formarme un juicio de ti mismo, y ahí fallaste

por completo. Como de niño estaba contigo, sobre todo durante las comidas, tu enseñanza era, en gran medida, la enseñanza del comportamiento adecuado en la mesa. Había que comer lo que se traía a la mesa, no se podía discutir la calidad de la comida, pero a menudo tú mismo encontrabas la comida incomible, la llamabas “esta bazofia”, decías que “esa bestia” (el cocinero) la había arruinado. Como de acuerdo con tu fuerte apetito y tu particular predilección lo comías todo rápido, caliente y en grandes bocados, el niño tenía que apresurarse; había un sombrío silencio en la mesa, interrumpido por las admoniciones: “Come primero, habla después”, o “más rápido, más rápido, más rápido”, o “ahí lo tienes, ya ves, hace rato que terminé”. Los huesos no deben romperse con los dientes, pero se puede. El vinagre no debía sorberse ruidosamente, pero se podía. Lo principal era que el pan se cortara recto. Pero no importaba que lo hicieras con un cuchillo empapado de salsa. Había que tener cuidado de que no cayeran trozos al suelo. Al final era debajo de tu silla donde había más restos. En la mesa no se podía hacer otra cosa que comer, pero te limpiabas y te cortabas las uñas, afilabas los lápices, te limpiabas las orejas con un palillo. Por favor, padre, entiéndeme bien: en sí mismos habrían sido detalles totalmente insignificantes, sólo se convirtieron en algo deprimente para mí porque tú, tan tremenda-

mente autoritario, no cumpliste los mandamientos que me imponías. De ahí que el mundo estuviera para mí dividido en tres partes: una en la que yo, el esclavo, vivía bajo leyes que habían sido inventadas sólo para mí y que, no sabía por qué, nunca podía cumplir del todo; luego un segundo mundo, infinitamente alejado del mío, en el que vivías tú, preocupado por el gobierno, por la emisión de órdenes y por el fastidio de que no fueran obedecidas; y finalmente un tercer mundo en el que todos los demás vivían felices y libres de órdenes y de tener que obedecer. Yo estaba continuamente en desgracia; o bien obedecía tus órdenes, y eso era una desgracia, pues al fin y al cabo sólo se aplicaban a mí; o bien era desafiante, y eso también era una desgracia, pues cómo podía presumir de desafiarte; o bien no podía obedecer porque, por ejemplo, no tenía tu fuerza, tu apetito, tu habilidad, aunque lo esperabas de mí como algo natural; ésta era la mayor desgracia de todas. De este tipo eran, no las reflexiones del niño, sino sus sentimientos.

Mi situación en ese momento se hace más evidente, tal vez, si la comparo con la de Félix. Por supuesto, lo tratabas de forma similar, incluso empleando un método particularmente terrible contra él en su educación: siempre que en las comi-

das hace algo que, en tu opinión, es impuro, no te contentas con decirle, como me decías a mí: “Eres un cerdo”, sino que añades: “Un auténtico Hermann” o “Igual que tu padre”. Ahora bien, esto tal vez —no se puede decir más que “tal vez”— no perjudique realmente a Félix en lo esencial, porque tú sólo eres un abuelo para él, uno especialmente importante, por supuesto, pero aun así, no lo eres todo, como lo fuiste para mí; y además, Félix es de un carácter tranquilo, incluso en esta etapa hasta cierto punto ya un hombre, uno que tal vez se sienta desconcertado por una gran voz que le truene, pero no permanentemente condicionado por ella. Pero, sobre todo, sólo está relativamente contigo, y además, también está bajo otras influencias; tú eres para él una curiosidad bastante entrañable de la que puede escoger lo que quiera. Para mí no eras nada parecido a una curiosidad, no podía elegir, tenía que tomar todo.

Y esto sin poder aportar ningún argumento en contra de nada de ello, pues te es fundamentalmente imposible hablar con calma de un tema que no apruebes o incluso que no haya sido sugerido por ti; tu temperamento imperioso no lo permite. En los últimos años has explicado que esto se debe a tu condición de corazón sobreexcitado. No sé si alguna vez fuiste esencialmente diferente. Más bien, la condición del corazón sobreexcitado es un medio por el

cual tú ejerces tu dominación más fuertemente, ya que el pensamiento de ella necesariamente ahoga la menor oposición de los demás. Esto, por supuesto, no es un reproche, sólo una constatación de los hechos. Como en el caso de Ottla, cuando dices: “Sencillamente, no puedes hablar con ella en absoluto, te vuela a la cara”, pero en realidad no empieza volando en absoluto. Confundes la persona con la cosa. La cosa que se discute es lo que te vuela en la cara e inmediatamente te decides por ella sin escuchar a la persona; cualquier cosa que se plantee después sólo sirve para irritarte más, nunca para convencerte. Entonces todo lo que se obtiene de ti es: “Haz lo que quieras. Por lo que a mí respecta, tienes vía libre. Eres mayor de edad, no tengo consejo que darte”, y todo ello con ese espantoso y ronco trasfondo de rabia y condena absoluta que si sólo me hace temblar menos hoy que en mi infancia es porque el exclusivo sentimiento de culpa del niño ha sido sustituido en parte por la percepción de nuestra impotencia, la tuya y la mía.

La imposibilidad de tener una relación pacífica entre nosotros tuvo un resultado más, en realidad uno muy natural: perdí la capacidad de hablar. Me atrevo a decir que, en cualquier caso, no me habría convertido en una persona muy elocuente, pero, al fin y al cabo, habría adquirido la fluidez habitual del lenguaje humano. Pero en una etapa muy temprana me prohi-

biste hablar. Tu amenaza: “¡Ni una palabra en contra!” y la mano levantada que la seguía me acompañan desde entonces. Lo que obtuve de ti —y tú eres, siempre que se trata de tus propios asuntos, un excelente conversador— era un modo de hablar vacilante y tartamudo, e incluso eso seguía siendo demasiado para ti, y finalmente guardé silencio, al principio quizás por desafío, y luego porque no podía pensar ni hablar en su presencia. Y como tú fuiste la persona que realmente me educó, esto ha tenido sus repercusiones a lo largo de mi vida. Es un error notable que creas que nunca cedí a tus deseos. “Siempre contra ti” no fue realmente mi principio básico en lo que a ti se refiere, como crees y me reprochas. Al contrario: si te hubiera obedecido menos, estoy seguro de que habrías estado mucho más satisfecho conmigo. Tal como están las cosas, todas tus medidas educativas dieron en el blanco exactamente. No hubo ninguna cadena de la que intentara escapar. Tal como soy ahora, soy (aparte, por supuesto, de los fundamentos y la influencia de la vida misma) el resultado de tu educación y de mi obediencia. El hecho de que este resultado te resulte, sin embargo, penoso, es más, que te niegues inconscientemente a reconocerlo como el resultado de tus métodos de educación, se debe a que tu mano y el material que te ofrecí eran tan ajenos el uno al otro. Tú dirías: “¡Ni una palabra en contra!”

pensando que esa era una manera de acallar las fuerzas de oposición que había en mí y que te resultaban desagradables, pero el efecto de eso era demasiado fuerte para mí, era demasiado dócil, me volvía completamente mudo, me encogía en tu presencia, me escondía de ti, y sólo me atrevía a revolverme cuando estaba tan lejos de ti que tu poder ya no podía alcanzarme —al menos no directamente. Pero tú te enfrentabas a todo eso, y todo te parecía “llevar la contraria”, mientras que sólo era la consecuencia inevitable de tu fuerza y mi debilidad.

Tus métodos retóricos extremadamente eficaces para educarme, que nunca dejaron de funcionar conmigo, fueron: el abuso, las amenazas, la ironía, la risa rencorosa y —por extraño que parezca— la autoinculpación.

No recuerdo que alguna vez me hayas insultado directamente y en términos francamente abusivos. Tampoco era necesario; tenías tantos otros métodos, y además, en las charlas en casa y sobre todo en los negocios, las palabras injuriosas volaban a mi alrededor en tal cantidad, mientras eran lanzadas a las cabezas de otras personas, que como niño pequeño a veces me quedaba casi aturdido y no tenía razón para no aplicármelas también a mí, pues las personas a las que maltratabas no eran ciertamente peores que yo

y tú no estabas de seguro más disgustado con ellas que conmigo. Y aquí estaba de nuevo tu enigmática inocencia e inviolabilidad; maldecías y jurabas sin el menor escrúpulo; sin embargo, condenabas las maldiciones y los juramentos en otras personas y no lo permitías.

Reforzabas el insulto con amenazas, y esto también se aplicaba a mí. Qué terrible fue para mí, por ejemplo, ese “te voy a destrozkar como a un pez”, aunque sabía, por supuesto, que no iba a pasar nada peor (hay que reconocer que como niño pequeño no lo sabía), pero coincidía casi exactamente con mis nociones de tu poder, y te veía capaz de hacerlo también. También era terrible cuando corrías alrededor de la mesa, gritando, agarrando a uno, obviamente sin intentar realmente agarrar, pero fingiendo hacerlo, y mamá (al final) tenía que rescatar a uno, según parecía. Una vez más uno había, así le parecía al niño, permanecido vivo por tu misericordia y llevaba su vida en adelante como un regalo inmerecido de tu parte. Este es también el lugar para mencionar las amenazas sobre las consecuencias de la desobediencia. Cuando empecé a hacer algo que no te gustaba y me amenazaste con la posibilidad de fracasar, mi veneración por tu opinión era tan grande que el

Fin de la edición promocional